













portar esta inactividad, las molestias que me produce la escayola, el calor sofocante que reina en la habitación y la falta de intimidad.

En resumen, de momento me siento disminuido. Tengo la impresión de no ser, a los ojos del mundo, más que una vejiga por vaciar y flatulencias, fracturas y sondas.

Sin contar con esa curiosa forma de dirigirse a mí:

–¿Qué tal está el señor?

Me muerdo la lengua para no responder:

–Está bien y le da las gracias.

«El señor» tiene un nombre y un apellido, e incluso un estado civil, por si interesa a alguien.

Jean-Pierre Fabre, viudo, sin hijos, jubilado, nacido el 4 de octubre de 1945, el mismo día que la Seguridad Social –cosa que explica quizá el déficit constante de mis ingresos–, en Perpiñán, de Robert Fabre, ferroviario, nacido el 17 de noviembre de 1922 en Marsella, y de Odette Augier, desempleada, nacida el 25 de junio de 1924 en Aviñón.

Es el orinal el que se ha roto.

La cabeza está bien.